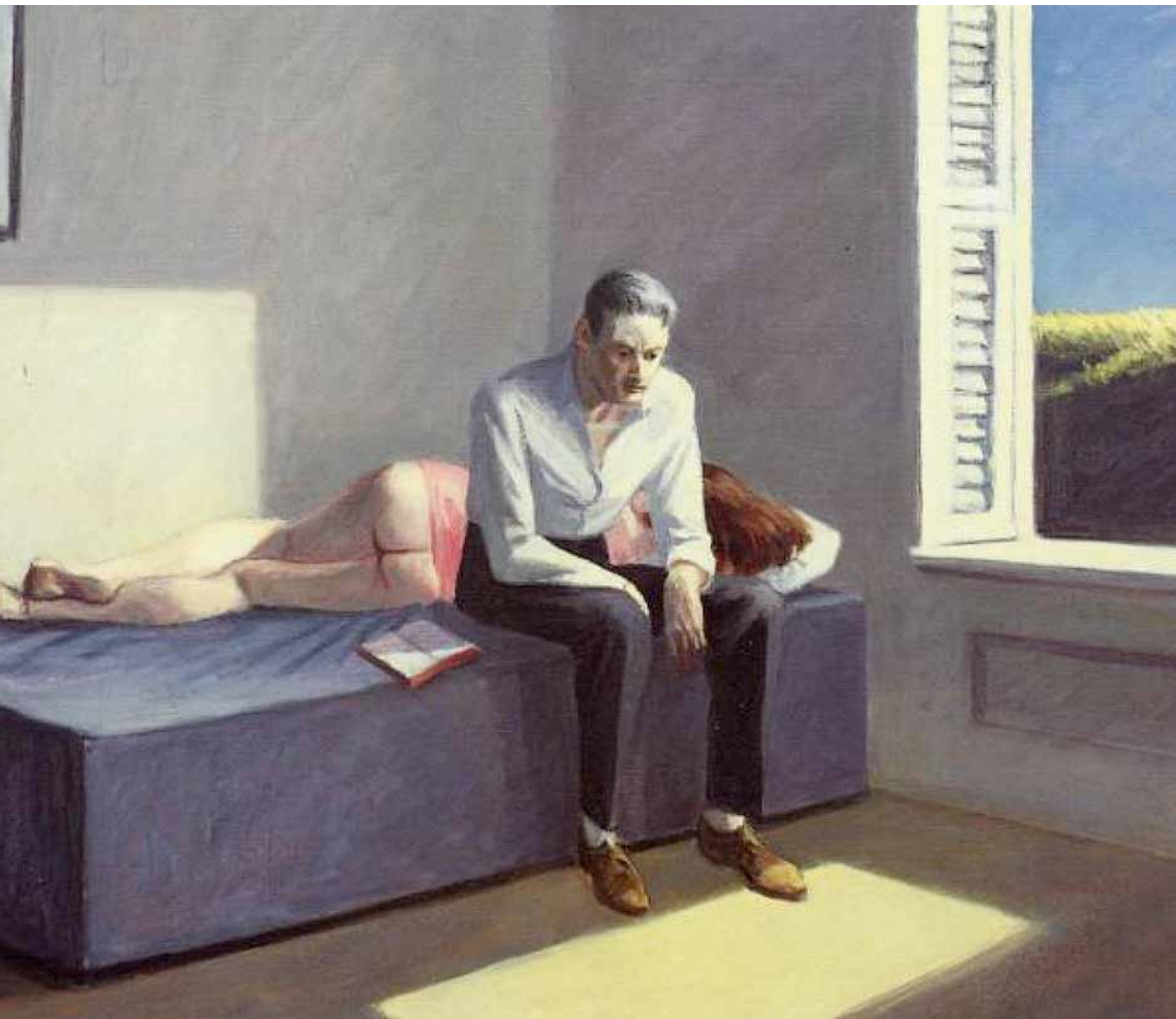


# Sobre el malestar del pensamiento

Ramón Castillo

*Excursion into Philosophy*, Edward Hopper, óleo sobre tela, 1959





Una calma lánguida, fruto de una tarde resplandeciente, en exceso vaporosa, impregna cada resquicio de la habitación. El sopor es incómodo. Afuera, la hierba estival contempla un cielo apenas coloreado por diluidas nubes. El rayo de luz que se cuele por la ventana recorre el piso, la pared, el cuerpo que yace en la cama. La presencia luminosa aviva la imaginación y el pensamiento de quien observa. Aquel haz, hegemónico sobre todas las cosas, remite a una rotunda voluntad por el asombro, por abrir la mirada ante el desconcierto del mundo, por cuestionar lo existente desde la soledad de saberse ajeno. ¿A qué? A sí mismo, a los otros, a lo que nos rodea y sostiene.



El 29 de octubre de 1945, dos meses después de que *Little Boy* y *Fat Man* impactaran contra Hiroshima y Nagasaki, una multitud se apiñaba en el Club Maintenant de París para escuchar las palabras de un hombrecillo con lentes de fondo de botella y ojos estrábicos que, de manera inesperada, se había convertido en celebridad. Algunos días antes, apareció la revista *Les Temps Modernes* para seguir abonando al creciente mito de aquel hombre ubicuo que encarnaba al intelectual comprometido, al pregonero de una filosofía oscura acorde con el talante de su tiempo. El título de aquella intervención fue *El existencialismo es un humanismo*, conferencia que delineaba las bases de un movimiento que, como Jean-Paul Sartre lo señaló, se había convertido en una moda citada por todos y comprendida por apenas unos cuantos. La suya era una escuela que asentaba buena parte de su encanto en mostrar el rostro más descarnado de nuestra condición. La zozobra, la soledad, el desvalimiento venían aparejados con una libertad que sabía a insoportable condena.



La pareja asume posiciones opuestas. Ella se encuentra de espaldas, al parecer durmiendo, apenas cubierta por un delgado camisón que deja al aire sus nalgas desnudas. Él, al borde de la cama, tiene la mirada perdida. Sus brazos descansan en las piernas, en un gesto de agotada reflexión. Acaso la preocupación lo ha anegado o la mujer que duerme detrás suyo lo ha llevado al límite de su propia comprensión de la realidad o, probablemente, en un súbito momento de lucidez aquel recuadro brillante frente a él le ha regalado una honda revelación.



Tras la derrota del pensamiento que significó la Segunda Guerra Mundial, la búsqueda de Sartre se encaminaba hacia el reconocimiento del compromiso que tienen

los individuos ante su albedrío. Decidido a mostrar que somos un proyecto en constante hacer y que no existe una definición que nos ate a ningún fin preestablecido, el autor de *La náusea* apelaba a un mundo que, bajo la famosa línea de Dostoievski, reconocía que todo está permitido debido a que no hay un dios al cual temerle o rendirle cuentas.

Desde este punto de vista, señalaba Sartre, no hay determinismo, sino una angustia nacida del desamparo, de la responsabilidad de “que elijamos nosotros mismos nuestro ser”. Después de una guerra que había mostrado la brutal faz del género humano, las palabras del pensador galo adquirirían una dimensión incómoda debido a la total potestad de cada uno sobre su destino y posibilidades.

Sin embargo, la de Sartre no era la única reacción ante el horror apenas terminado, el desconcierto y el escepticismo se extendió por igual a pensadores de la altura de Albert Camus, quien reflexiona y sigue derroteros distintos, pero igualmente comprometidos. Para él, es necesario hacer de la rebeldía el sino de cada persona, el imperativo de abrazar una contradicción que le permita sostener una negación radical que sea, a un tiempo, una vía que nos acerque como género. La opción que permite trascender las diferencias es, en última instancia, asumir que estamos anegados en un absurdo compartido.



Al igual que en muchos de sus cuadros, Edward Hopper hace patente su interés por ciertos elementos que, en conjunto, suelen transmitir una sensación de soledad y extrañamiento en medio de escenas cotidianas, espacios públicos o privados en los que transita un malestar indefinible, una tristeza insólita y singular.

Tenemos ahí a un hombre que se ahoga en sus propias digresiones, divaga sobre algo que nosotros nunca sabremos. La mujer a su lado, indiferente, cercanamente ajena, se encuentra recluida en la erótica vastedad de su propio cuerpo. La vista se recrea en ese

momento íntimo que, pese a su cercanía, no nos es posible dilucidar.

Sin embargo, un tercer elemento eleva la confusión, la presencia de un libro abierto que sugiere una lectura interrumpida por un hallazgo que pone en evidencia la miseria personal y colectiva, por el argumento que dilata la desconfianza ante nuestra ruina, en fin, las posibilidades son excesivas, aunque todas tiendan a hacer evidente una incredulidad del pensamiento ante sí. *Excursion into Philosophy* fue pintado en 1959.



La desconfianza echó raíces en toda Europa. En 1947, Adorno y Horkheimer cuestionaron los límites de la razón al publicar su *Dialéctica de la Ilustración*. Aquel antiguo ideal de avance perpetuo, la sensación de encaminarse hacia una superación constante en la que el espíritu encontrara su máxima expresión entró en crisis. En palabras de Roudinesco: “el ejemplo de Alemania mostraba, en efecto, que los ideales de progreso podían invertirse para desembocar en una autodestrucción radical”.

La conquista más importante en términos científicos había sido, de igual forma, el triunfo más sonado y destructivo de la beligerancia. La celebrada racionalidad se volvía sospechosa, demasiado arrogante, excesiva y falaz. Si ya antes se había sugerido que la cultura está entrecruzada por diversas fuerzas, tras la guerra era imposible no volver la mirada a elementos tan alarmantes como la pasmosa “banalidad del mal”, que describió Hannah Arendt al presenciar el juicio contra Adolf Eichmann y la escalofriante normalidad de aquella persona, responsable de asesinar a cinco millones de judíos.

Efectivamente, una desazón generalizada impregnaba al ejercicio del pensar; o, recordando lo escrito por Jacques Lacan, se imponía el reconocimiento de que “la sinrazón pertenece a lo que hay de decisivo, para el mundo moderno, en toda obra: es decir, a lo que toda obra comporta de criminal y de obligatorio”.



Se ha dicho que en el cuadro de Hopper, el ejemplar abierto en la cama es un texto de Platón. Hay incluso una interpretación de la pintura que versa sobre el mito de la caverna, el engañoso universo de las sombras en el que nos movemos los simples mortales y la oposición triunfante de su antónimo perfecto, la luz de la filosofía. Sin embargo, ¿el momento que plasma el artista norteamericano no podrá ser leído también en términos contrarios, esto es, a la manera del gesto desencantado de la mente por explicar su propia perplejidad? Este óleo puede entenderse bajo la luz de una alegoría de la imposibilidad, un desconcierto permanente ante nuestro estar en el mundo.



Pasada la Segunda Guerra Mundial el desencanto respecto a nuestra propia condición no cesó, por el contrario, continuó haciéndose presente mediante un larguísimo listado de vergonzantes episodios que han humillado toda suposición respecto a que el raciocinio es nuestro más distinguido atributo. La irritación por dichas antinomias, no obstante, en lugar de agotar las esperanzas han multiplicado los intentos por elucubrar alternativas, abrazando lo dicho por Goya respecto a los monstruos del intelecto, pero asumiendo que pese a su ignominia, el conjunto entero de la humanidad no tiene mayor escapatoria que lidiar consigo misma y encontrar salidas a sus propias contradicciones.

A lo largo de estos años las escuelas y vertientes se multiplicaron igual que lenguas salidas de una Babel filosófica. Hubo una vuelta efervescente hacia la antropología, es decir, el cuestionamiento esencial del hombre sobre sí, pero también se multiplicaron las reflexiones alrededor de temas tan problemáticos y fascinantes como el lenguaje, el cerebro, la ciencia, la religión, los colonialismos, el género, el arte, los

saberes no occidentales, las mezclas duras entre alta y baja cultura, las nuevas tecnologías, en fin, ejercicios que han confirmado que no hay un radical cambio de paradigma, sino una mutación que prolonga un mismo acto: la búsqueda incansable de sentido.

La asistencia multitudinaria a la conferencia de Sartre hablaba, sí, de una morbosa necesidad de endilgarse el título *chic* de una corriente en boga, pero también de la comprensible y necesaria demanda de la gente por encontrar asideros, por dilucidar su situación, por ensayar maneras nuevas de afrontar el caos habitual. En tiempos de crisis es urgente acudir a la plasticidad imaginativa de la mente, a sus posibilidades conceptuales y lógicas, a su habilidad para aventurar hipótesis, explicaciones y argumentos pero todavía más a la franca desconfianza ante las soluciones pueriles o absolutas, reconociendo sobre todo la terrenalidad de nuestra condición y las limitaciones que ella trae aparejadas.

En este sentido, el cuadro de Hopper encierra una elocuente visión respecto a la existencia y al viaje intelectual, en otras palabras, ejemplifica el azoro de contemplar a la vida como una escena que nadie entiende, una actitud de estupor reiterado que, no obstante, no se aleja del todo de la carnalidad propia del momento. Fascinante por todo aquello que no dice pero que produce, esta pintura pareciera recordarnos que la verdadera excursión filosófica es una aventura solitaria e ingrata, condenada a turbar el espíritu, a quitar el sueño, a desinflar innumerables creencias, incluida la de suponer que el pensamiento es capaz de eludir sus propias trampas. A primera vista la imagen no es halagüeña debido al semblante, entre desesperado y rendido, del hombre sentado junto a la ventana; pero quizás, y ahí radica la única esperanza, sea mucho más real y próxima a nosotros por ese aire de cansancio y temor, desorientación e, incluso, tozudez que debe de animarnos a seguir aventurándonos en el pensar. ■